

LA BIBLIOTECA

PERIÓDICO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

SE PUBLICA ALTERNO

SUSCRIPCIÓN

1 peseta al mes en toda España.
3 trimestre.
6 semestre.
11 año.

Extranjero, 16 francos al año.
En provincias la suscripción es por trimestres.
Toda la correspondencia y giros al Administrador.

AÑO I

MADRID

NÚM. 11

6 de Febrero de 1903

OFICINAS

CALLE DE APODACA, 16, duplicado.—APARTADO núm. 298
Cuenta corriente en el «Crédit Lyonnais».
MADRID

CRÓNICA CIENTÍFICA

La salud por la medida.—Fabricación de diamantes á cañonazos.—Un ramo de flores colosal.—Nuevo avisador de incendios.

Desde hace mucho tiempo se viene trabajando para obtener una fórmula rápida y práctica capaz de apreciar en el hombre el grado de vigor, aptitud física y resistencia á las enfermedades.

Uno de los que más han trabajado y con mayor éxito ha sido el Dr. Piquet, médico jefe de la Artillería francesa. La fórmula que ha deducido es muy sencilla, y consiste en medir el perímetro del pecho; este número se suma con el que expresa el peso del individuo, y del resultado obtenido se resta la talla; así obtenemos un número que llamamos coeficiente de salud, y veremos á qué grupo pertenece en el cuadro siguiente:

Coeficiente de salud.	Constitución.
Inferior á 10.....	Muy fuerte.
De 11 á 15.....	Fuerte.
De 16 á 20.....	Buena.
De 21 á 25.....	Media.
De 26 á 30.....	Débil.
De 31 á 35.....	Muy débil.
Superior á 35.....	Raquítico.

Respecto á la exactitud de la anterior fórmula, diremos que ha sido comprobada en 2,000 soldados con excelentes resultados.

Desde que M. Moisan y otros sabios químicos demostraron que la fabricación de diamantes se reducía á someter al carbono á la acción de una temperatura y una presión considerables, han sido innumerables los trabajos efectuados para conseguir la solución del problema; excusado es decir que la deseada solución no parece.

Vamos á dar cuenta de uno de los procedimientos más raros que conocemos, debido á M. Majorana, químico italiano.

El principio del método consiste sencillamente en colocar un trozo de carbón entre los dos polos de un arco voltaico con objeto de obtener una elevada temperatura, y después, siguiendo la teoría de Moisan, lo somete á una alta presión. Pero ¿cómo obtiene esta presión? Sencillamente, á cañonazos.

Dispara sobre el carbón, que ya se encuentra á gran temperatura, y el proyectil se aloja en una oguedad practicada en una plancha de acero de espesor conve-

niente; como es natural, el proyectil pulveriza y comprime el carbón.

La operación está terminada, y solo queda tratar el polvo por el ácido nítrico y sulfato de potasa para limpiar de impurezas estos extraños diamantes.

Con motivo de la última visita del Presidente de los Estados Unidos, M. Roosevelt, á la ciudad de San Francisco de California, el Ayuntamiento ofreció á Mis Roosevelt un ramo de flores que tenía 8 m. de diámetro y 6 m. de altura; su peso era próximamente de unos 600 kg.

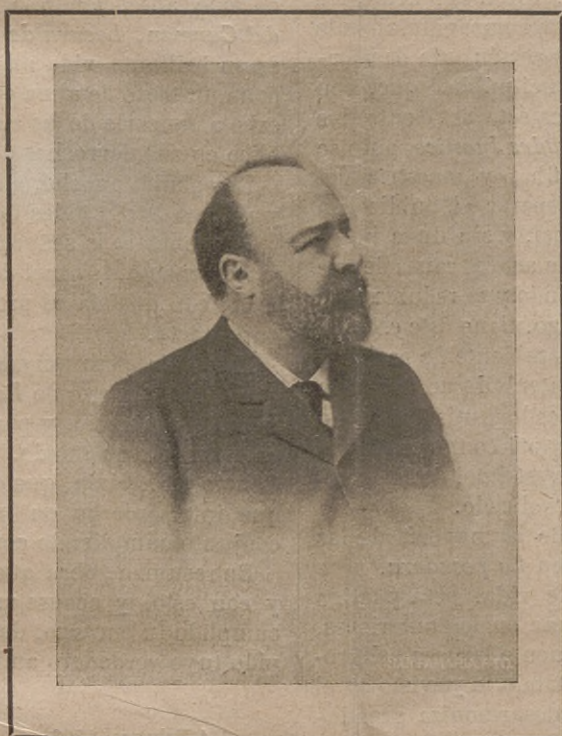
¡Suponemos que el ramito no sería para el ojal del frac!

La población de Berlín cuenta con un nuevo sistema de avisador de incendios.

El aparato es muy parecido á una farola anunciadora provista de un gran timbre y un arco voltaico; en la parte inferior hay una puertecita que deja ver en el interior un teléfono; las llaves de estas puertas las tienen todos los porteros, guardias y serenos, de modo que en caso de incendio puedan avisar á la Central del servicio, y ésta, por un mecanismo particido á los timbres eléctricos que todos conocemos, hace que la farola se ilumine, el timbre suene y una chapa grande con el nombre de la calle quede al descubierto; los timbres y la luz continúan funcionando interin no esté extinguido el incendio; estos timbres avisadores se han colocado además de las calles, en los cafés, teatros y sitios públicos.

A. BUISAN.

NUESTROS ACADÉMICOS



D. José Ortega Manilla

LOCURA

IMITACION DEL ALEMAN

Es la razón un tormento,
y vale más delirar
sin juicio, que el sentimiento
cuerdamente analizar
fijo en el pensamiento.

Espronceda.

La noche está serena; la luna, con su luz pálida, alumbra el bosque, cuyos árboles parecen llegar al cielo con su obscuro ramaje, entre el que gime el viento con armónico son.

El perfume de las flores embriaga; los ruidos vagos que pueblan el aire hacen soñar con algo poético y espiritual.

¿Qué es esa forma que se ve deslizarse entre los tilos? ¿Es acaso una visión, hada ó fantasma que finge nuestro deseo? ¿Es una virgen cristiana, coronada de rosas blancas, que va á elevar en la soledad sus preces al Altísimo? ¿Es una huri mahometana que viene á hacernos conocer las delicias del paraíso prometido en el Corán? ¿Es una diosa del Parnaso ó una divinidad del Olimpo que viene á enloquecer á los mortales? ¿Es una Sífide, una Oudina ó el sueño de un poeta?

Celeste es su vestido; sobre sus flotantes y rizados cabellos lleva una guirnalda de nardos y azucenas; sus formas escul-

turales se transparentan bajo las tenues gasas que la cubren.

Es una mujer; en sus magníficos ojos azules hay una expresión extraña, y su mirada vaga errante por el espacio.

Llega á la orilla del Rhin, y se fija con tristeza en las limpias aguas, contemplándolas como en nuestra mente contemplamos las dichas que han pasado para no volver más.

—¿Quién eres tú, mujer, que tal impresión de admiración y tristeza nos produces?

—Yo no soy, fui.

—¿Eres, acaso, un espíritu en forma humana? Immaterial es tu belleza; suave tu voz, como el sonido de un arpa, y tristes tus ojos, como los de una ave-cilla solitaria.

—No soy espíritu; mi espíritu no está en el mundo; por eso dije que ya no existo; mi cuerpo vive, mi alma está al lado de mi amado en las regiones del infinito.

—¿Qué misterio hay en tu vida?

—Ninguno. Oye, ¿conociste á Franz? Franz era alto como la encina, fuerte como el roble y altivo como el águila; de sus negros ojos se escapaban, ora dulces y amorosas miradas, ora acerados reflejos; era el joven más apuesto, el mejor cantor y el más valiente guerrero. ¿Cómo amaba á Edith, la rubia virgen del Norte! Juntos se los veía en el bosque, juntos en el río, juntos al lado del fuego; en las heladas noches del invierno, en los bailes y fiestas populares, eran la envidia de los mozos y mozas del contorno. ¿Qué felices eran!... ¿Felices?... ¿Existe la felicidad? ¿Quién la encuentra?... ¡Para cada sonrisa de placer, cuántas lágrimas de desesperación! Cada minuto que pasa se lleva una ilusión; cada germen de dicha va mezclado con la semilla de la desgracia... Franz partió hacia allí... hacia donde sale el sol... Edith lloraba... Franz juró volver y Edith lo esperaba... Todos los días peinaba sus cabellos, se ponía sus collares, se coronaba de flores y salía á su encuentro; pero en vano. Un día vió venir un caballero; era Muller, el amigo de Franz, y le dijo que no volvería; había olvidado á la pálida y rubia Edith por una morena hija del Sur. ¡Y no volvería!... Edith ha muerto; su

ADHE

— 44 —

ADIA

Adestranza, f. ant. Adestramiento.

Adestrar, a. y r. Adiestrar, ejercitarse, acostumbrarse.

Adestria, f. ant. Destreza, habilidad.

Adeudado, da, adj. El que tiene deudas || Lo que se carga en cuentas de crédito || ant. Obligado por algún título ó respeto.

Adeudador, m. ant. Deudor.

Adeudamiento, m. ant. Deuda.

Adeudar, a. Estar sujeto al pago del arancel de aduanas || Deber, tener una obligación || Cargar una cantidad en cuenta || ant. Obligar, exigir || ant. Emparentar || r. Contraer muchas deudas.

Adeudo, a. Cantidad que debe pagarse en las aduanas || Acto de cargar en cuenta una cantidad. Cantidad adeuda.

Adevinación, f. ant. Adivinación.

Adevinadero, adj. ant. Perteneciente al arte de adivinar, ó á los adivinos.

Adevinador, m. ant. Adivino.

Adevinamiento, m. ant. Adivinación.

Adevinancia, f. ant. Adivinación.

Adevinanza, f. ant. Adivinanza.

Adevinar, a. ant. Adivinar.

Adevino, m. ant. Adivino.

Adexar, a. ant. Dejar.

Adeza, f. ant. Colorido, pintura.

Adiliar, a. ant. Ahijar.

Adherecer, a. ant. Adherir.

Adherencia, f. Unión, lazo, parentesco || Propiedad de los cuerpos, en virtud de la cual se unen más ó menos íntimamente con otros.

Adherente, adj. El ó lo que tiene la propiedad de adherirse || Pariente, aliado, amigo, compañero, acompañante || pl. Adornos y todo lo que es necesario para el complemento de una cosa.

Adherir, a. Unir, pegar, juntar, ligar íntimamente.

Adherirse, r. Unirse, pegarse, etc. || Convenir con alguien en el modo de pensar, abrazar un partido, una causa.

Adhesión, f. Adherencia, ligamiento, unión íntima, acción de adherirse || Sumisión, con-

sentimiento || Afecto, cariño, apego || Fís. Atracción entre dos cuerpos de distinta naturaleza || Dipl. Adhesión, consentimiento de un soberano á los tratados de comercio, de paz, etc. || Polít. Aprobación de un acto, de una proposición, etc.

Adhesivo, adj. Med. Lo que tiene la propiedad de adherirse.

Ad hoc, expr. lat. Directa, especialmente, á propósito.

Ad hominem, loc. lat. v. Argumento.

Ad honorem, loc. lat. Se dice de las plazas honorarias en que se tiene el título y la condecoración sin percibir sueldo ni prestar servicio.

Adhortar, a. ant. Exhortar.

Adiabénico, m. Epíteto del emperador Severo, por haber dominado á los adiabenos.

Adiabenos, m. pl. Pueblos del Botán, en Siria.

Adiafa, f. ant. Las provisiones de refresco que se dan á los buques cuando llegan á un puerto.

Adiáfano, adj. Que no es transparente || Opaco.

Adiáfaro, Indiferente || Quím. Espíritu que se extrae del tártaro y no participa de las propiedades de los ácidos, ni de los vinos, ni de ningún otro cuerpo compuesto.

Adiaforesis, f. Med. Defecto, supresión de la transpiración cutánea.

Adiaforia, f. Indiferencia || Sect. Adiaforismo, doctrina de los adiaforistas.

Adiamantado, adj. Que tiene la dureza ó el brillo del diamante.

Adiamantar, a. Cubrir de diamantes || fig. Convertir en diamante.

Adiamento, m. ant. Acción de fijar el día.

Adiano, na, adj. ant. Honrado, noble, perfecto || ant. Afilado, Cortante || ant. Chapado de hierro.

Adianto, Bot. Planta conocida con el nombre vulgar de culantrilla de pozo.

Adiaptotos, m. Med. Composición farmacéutica contra el cólico.

ADAR

— 41 —

ADEC

Adama, f. ant. Remedio.

Adamadillo, adj. Adamado, cuidadoso de su persona.

Adamado, adj. Afeminado, con caracteres morales ó físicos semejantes á los de la mujer || Dulce, delicado, blando, suave.

Adamante, m. ant. Diamante.

Adamantino, adj. de diamante, diamantino, relativo al diamante.

Adamar, a. ant. Amar apasionadamente || m. Fineza ó prenda de amor.

Adamarse, r. Afeminarse, enervarse debilitarse.

Adamascado, adj. Semejante al damasco.

Adamascador, m. El que trabaja el damasco.

Adamasqueria, f. Fábrica de damascos.

Adamascar, a. Fabricar una tela parecida al damasco.

Adámico, adj. Depuesto por el flujo.

Adamita, m. Dicese de cierta clase de herejes que iban desnudos y profesaban la poligamia.

Adán, Hist. Sagr. Nombre del primer hombre || fig. Sucio, poco cuidadoso, desaseado, desarreglado.

Adaponer, a. ant. Presentar en juicio.

Adaptable, adj. Lo que puede ser adaptado.

Adaptación, f. Acción y efecto de adaptar || Ajuste.

Adaptadamente, adv. Juntamente, convenientemente.

Adaptado, da, adj. ant. El que es inteligente, apto || Ajustado, ceñido.

Adaptante, p. a. de adaptar || El que adapta.

Adaptar, a. Ajustar, apropiar una cosa á otra || Teatr. Adaptar una obra, arreglarla para ser representada en otro idioma.

Adaptarse, r. Ajustarse, encuadrarse || Sujetarse, reprimirse.

Adapuesto, ta, p. p. irreg. de adaponer.

Adapte, m. ant. Alto (lo que se infiere de los pasajes en que se halla esta voz).

Adaraga, f. ant. Adarga.

Adaraguaro, m. ant. Soldado armado con adarga.

Adaraja, f. Arq. Piedra saliente que se deja en una pared para continuar la obra.

Adarame, m. ant. Adarme.

Adarce, n. Espuma salada que se adhiere á las cañas y á las plantas en el mar y en las lagunas en tiempo seco.

Adarga, f. Escudo, broquel de cuero.

Adargama, f. ant. Harina en flor || ant. Acemite, tercera acepción.

Adargar, a. Defenderse con la adarga.

Adargazo, m. Golpe con la adarga.

Adarguero, m. El que fabrica escudos ó adargas.

Adarguilla, f. dim. de adarga.

Adarme, m. Peso pequeño || Se usa en la conversación familiar para expresar una cantidad pequeñísima de alguna cosa.

Adarmento, m. ant. El ganado mayor.

Adarticulación, f. Anat. Artrodia, articulación formada por el contacto de superficies planas ó por una cavidad huesosa poco profunda, en la que también entra la extremidad saliente, poco señalada, de otro hueso.

Adarvar, a. ant. Admirar, asombrar, aturdir, sorprender.

Adarve, m. Espacio entre las almenas de una muralla.

Adatais, f. Muselina de las Indias orientales.

Adatar, a. Llevar registro, tomar nota de los gastos.

Adatis, f. v. Adatais.

Adatoda, Bot. Especie de nogal originario de las Indias.

Adaza, f. Bot. Panizo, planta cuyo tallo y hojas son parecidos á los del maíz ó del mijo.

Adazilla, f. Bot. Especie de panizo.

Adboyado, m. ant. v. Abogado.

Adebdar, a. ant. Granjearse la protección de alguien || ant. Obligar con beneficios.

Adecenamiento, m. Acción y efecto de adecenar.

Adecenar, a. Reunir, ordenar ó dividir por decenas.

cuerpo vaga por estos lugares; su alma fué á unirse con la de Franz.

—Pero si Franz no ha muerto, si la abandonó.
—¿Quién dice eso? Eso es infame; Franz ha muerto; de no ser así estaría al lado de Edith; él la amaba, y cuando se ama no se olvida... ¡Se creen consolarme diciendo que vive! ¡No sabéis lo que es amar! Quiero mejor que esté muerto; así mi alma está con la suya; así puedo regar con mis lágrimas las flores de su tumba; se muere amando; pero cuando se abandona es que ya no se ama. Las almas que se aman se unen en la otra vida; las que olvidan se pierden para siempre. ¿Decís que estoy loca? Los locos sois vosotros, desdichados, que no conocéis el amor. Yo desprecio esa razón, que os muestra la triste realidad y marchita vuestra fe. La dicha está en las ilusiones; si para conservarlas es necesario estar loca, la dicha está en la locura.

CARMEN DE BURGOS SEGUÍ.

BIOGRAFÍA

ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA

Este célebre militar y poeta nació en la villa y corte el día 7 de Agosto de 1533; fué hijo del notable jurisconsulto D. Fortun G. de Ercilla, descendiente de noble familia vizcaína, y de Doña Leonor de Zúñiga, señora de la villa de Bobadilla.

Huérfano de padre desde niño, fué paje del príncipe Felipe, con quien realizó un viaje por las principales naciones de Europa, pues el futuro monarca le quería mucho y admiraba su ingenio.

Cuando el levantamiento de Chile contra la dominación española, Ercilla se hallaba en Inglaterra, y deseoso de exponer su vida por la patria marchó con las compañías de Jerónimo de Alderete.

En aquel campo de batalla, digno escenario de sus hermosas cualidades de militar y de poeta, luchaba con heroísmo ante el feroz valor de los enemigos, y en vez de reponer con el descanso las fuerzas perdidas, se consagraba á hacer en verso la descripción de aquellas sangrientas luchas, formando, después de muchos esfuerzos materiales, la célebre obra *La Araucana*, en donde las faltas retóricas son perdonables por lo inspirado y grandioso del poema, que tan justamente han admirado escritores nacionales y extranjeros.

Obtenida la pacificación del valle del Arauco, tomó parte muy activa en otra expedición, y más tarde pasó á Lima, donde por causa de una reyerta que alcanzó la importancia de motín, fué sentenciado á muerte, pero logrando ser revocada la orden, regresó á su patria.

Este valiente militar contrajo matrimonio con la noble dama Doña María de Bazán, siendo apadrinados por la reina Doña Ana de Austria.

Sus enemigos, la gran mayoría envidiosos de su celebridad, fueron los que le proporcionaron muchos disgustos, hasta que, según aseguran varios de sus biógrafos, tuvo que abandonar la corte, falleciendo en Ocaña á la edad de 62 años.

ADOLFO POLUE.

El último estreno.

ESPAÑOL

La pecadora.

Drama en tres actos, en prosa, original de D. Angel Guimerá.

Sr. D. JOSÉ RUÍZ-CONEJO.

Querido Pepe: En tu carta de ayer anunciándome la ligera indisposición que te impedía asistir al estreno de *La pecadora*, y en que me enviabas los poderes para ocupar tu puesto, olvidaste incluir el escalpelo, y en verdad que anduvo acertada la providencia, no poniendo en mis manos lo que tan bien saben manejar las tuyas. Así es que, faltó de armas por tan dichosa circunstancia, me limito á contarte la impresión que me produjo lo que ví anoche, y es como sigue:

Puede decirse que el drama estuvo anoche por completo en el primer acto. Es éste magistral, vigoroso, lleno de vida; se dibujan en él, con mano firme, los caracteres y la acción dramática maravillosamente trazada y sostenida, caracteres y acción que despiertan el interés y entra de lleno en el público que, con justicia, aplaude al autor y coloca este acto entre los primeros de *Tierra Baja* y *El Padre Juanico*, pues se descubre como en aquéllos la fibra y maestría del ilustre dramaturgo, haciendo esperar al público un vigoroso desarrollo. No sucede así, y sin duda la sobria y acabada exposición de este acto es causa de que la acción languidezca en el segundo y se reduzca todo él á una sola escena. Sin embargo, tiene éste escenas tiernísimas, se respira en él un ambiente de pasión y ternura que emociona, pero el interés decae, la acción sigue repitiéndose, y solo el delicado mutis final presta alguna vida á su desarrollo; y así como puede decirse del primer acto que es hermosísimo, de éste puede únicamente indicarse que es delicado.

Y vamos al tercero, tropiezo de la mayoría de las obras dramáticas, como sucede en *La pecadora*.

Falto de acción, desprovisto de vida, pesa y fatiga al público, y resuelto ya el drama en los anteriores, llega á la escena final, excesivamente larga y peligrosa, sin descubrir nada y presentando lo ya visto en el primero. Además, en este acto desarmoniza grandemente la nota cómica, defecto de que, aunque en menor escala, adolecen también los actos primero y se-

gundo, y sufre el drama la caída que empezó á iniciarse en la segunda mitad del acto anterior.

Aparte de esto, el drama, pensado en catalán y correctamente vertido por el Sr. Ruiz de Velasco, está cuajado de hermosos pensamientos, de admirables situaciones que bastarían por sí solas á sentar la fama de su autor, si éste el Sr. Guimerá, no tuviera también ganado uno de los primeros puestos en el arte dramático español.

Ahora bien, ¿pudo en justicia rechazarse *La pecadora*? No, como no podrá rechazarse ninguna obra en que María Guerrero ponga á contribución su talento. Para ella fué el triunfo de anoche; en ella vive Daniela, y no ella, sino nosotros, subyugados por su ejecución, fuimos los *pecadores* al ovacionar ruidosa y unánimemente una obra que sin ella no hubiese pasado sin alguna protesta.

No necesita la Sra. Guerrero nuevas creaciones para consolidar su fama, y siempre la he tenido por la primera actriz dramática de nuestro teatro; pero anoche obtuvo un triunfo aún mayor que muchos de los ya conseguidos, pues luchando con las deficiencias del drama, supo dar á su falso papel una fuerza y poderoso relieve que él en sí no tiene. Fué una verdadera creación, y para ella, solo para ella, repito, fué el triunfo de anoche.

Lo mismo en las primeras escenas que en el mutis del segundo acto, y toda la obra en general, estuvo intachable, inmejorable y todos los *ables* del mundo. Pero donde la alabanza no encuentra frases apropiadas para expresar todo el poder de su genio, es en la escena final. ¡Qué muerte! Su espíritu creador, su talento, brilló en la dicción, en el gesto, en la mirada, en todo, apareciendo la heroína de *Mariana*, *María del Carmen*, *Locura de amor* y otras tantas páginas de su brillante vida artística. Creo que si el autor pone un trozo de alma en sus obras, María Guerrero sabe arrancarle de las cuartillas y transmitirlo al público en sus derroches de arte.

La aplaudí anoche, sigo desde aquí aplaudiéndola, y así creo harán todos los que vieron *La pecadora*.

Encantadora la señorita Blanco, que interpretó primorosamente su papel de niña de 10 años, siendo llamada con justicia al proscenio en un mutis del segundo acto.

Muy bien, pero muy bien el Sr. Díaz de Mendoza, que dió al carácter de *Ramón* su verdadero tono y el colorido necesario, y por su labor fué justísima y frecuentemente aclamado. Y en su puesto las señoritas Cancio y Valdivia, que con el Sr. Círcula y todos los que intervinieron en la representación llenaron el conjunto cumpliendo como buenos.

En resumen, obra que vivirá con María Guerrero; y con esto, y aconsejarte vayas á aplaudirla, dejo cumplido tu encargo, devuelvo los poderes y me despido tuyo verdadero amigo

ENRIQUE GARCÍA BREMÓN.

4 Febrero, 1903.

RETACOS

La dicha es una ilusión,
Pues se puede, en mi sentir,
Una tragedia escribir
Del más feliz corazón.

Ya de sentimiento llena,
Siente en falso el alma mía,
Pues lo alegre me da pena,
Y lo que es triste alegría.

No vengas, falso contento,
Llamando á mi corazón,
Pues traes en la ilusión
Envuelto el remordimiento.

Dame la vida, ¡oh dolor!
Compañero eterno mío,
Pues si no fuera tu amor,
Ya hubiera muerto de hastío.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

PASATIEMPOS

Viéndose un día obligada la institutriz del pequeño Guillermo (actual emperador) á propinar á su discípulo un correctivo corporal, díjole muy afligida:

—Créame Vuestra Real Alteza que lo que tengo que hacer, obligada por su mala conducta, me duele tanto como á vos.

—¡Ah!—gritó el pequeño príncipe—¿y le duele á usted también en el mismo sitio?

ESTAFETA

Teruel.—D. H. C. S.—Abonado 15 Abril.
Tortosa.—D. E. N. P.—Idem id. id.
Logroño.—D. E. M.—Recibidas 7,50. Conformes.
Tarragona.—D. J. M.—Recibidas 33,15. Abonados 15 Abril todos.
Sevilla.—D. A. L. S.—Abonado 15 Abril.
Capilla.—D. I. R.—Conformes con la proposición. Los giros al Administrador.
Valencia.—D. P. V.—Abonado 15 Julio.
Badajoz.—D. M. A.—Conformes, y servidas todas.
Villafraanca.—D. N. G.—Recibidas 13,50. Conformes con la liquidación.
Córdoba.—D. L. G. A.—Recibidas 9 pesetas. Conformes. Hasta 15 Abril.
Granada.—D. M. C. A.—Recibidas 32,55 pesetas. Conformes.
Alcalá.—D. P. P.—Recibidas 9 pesetas. Abonados los tres 15 Abril.

MADRID.—IMP. DE FORTANET, LIBERTAD, 29

ADEL

— 42 —

ADEL

Adecentar, a. Poner decente una cosa ó persona.

Adecentarse, r. Arreglarse, ponerse decente.

Adectos, Med. Remedios que calman los dolores.

Adecuación, f. Ajuste, acción de adecuar, de ajustar, de apropiarse una cosa á otra.

Adecuadamente, adv. Convenientemente, propiamente, á punto, á propósito, con oportunidad.

Adecuado, da, Propio, justo, conveniente, oportuno, apropiado, acomodado á las circunstancias ó á la naturaleza, objeto ó fin de alguna cosa.

Adecuar, a. Igualar, apropiar, acomodar, proporcionar una cosa á otra.

Adefagia, f. Hambre canina.

Adéfago, adj. Voraz, hambriento, glotón, comilón.

Adefesio, m. fam. Disparate, ridiculez, cosa rara, extraña, extravagante y fea. Despropósito.

Adefuera, adv. ant. Por fuera || m. y f. pl. Fuera de alguna población ó inmediato á ella.

Adegañas, f. pl. ant. Territorios ó lugares accesorios á algún pueblo.

Adegaño, ña, adj. ant. Accesorio, anejo, adherente.

Adehala, f. Propina, gratificación. Lo que se da de gracia sobre el precio de una cosa || Gajes ó emolumentos que se agregan al sueldo de un empleo.

Adehesado, m. Lugar convertido en dehesa.

Adehesamiento, m. Acción y efecto de adehesar.

Adehesar, a. Hacer ó hacerse dehesa alguna cosa.

Adejar, a. ant. Dejar.

Adeje, m. Zool. Género de coleópteros tetrameros, familia de los curculiónidos.

Adelant, adv. ant. Adelante.

Adelantación, f, ant. Adelantamiento.

Adelantadamente, adv. m. Anticipadamente.

Adelantadía, f. ant. Cargo de adelantado || Preferencia, prelación.

Adelantadillo, adj. d. De adelantado.

Adelantadísimo, adj. sup. De adelantado.

Adelantado, da, adj. Intrépido, atrevido, imprudente. El que no guarda respeto ó la debida atención á otro || Antigüamente se llamaba así el gobernador militar y político de una provincia fronteriza, que acaudillaba bajo su pendón todos los pueblos y ricos hombres, y que asistido de algunos letrados entendía de todos los asuntos civiles y criminales que se suscitaban en el territorio de su gobierno || Dignidad judicial, juez de apelación de los jueces de la corte, que en nombre del rey enmendaba los juicios de aquéllos || fam. Aventajado en sus estudios || El que llega primero á un lugar, ó con anterioridad á la hora de la cita.

Adelantador, ra, m. y f. El que adelanta.

Adelantamiento, m. Acción y efecto de adelantar || Dignidad de adelantado, territorio de su jurisdicción || met. Medra, ventaja, mejora || Bot. Desarrollo prematuro de los vegetales.

Adelantanza, f. ant. Comisión, poder.

Adelantar, a. Acelerar, apresurar || Anticipar, como la paga, el salario, una noticia, etcétera || Ganar la delantera, dejar atrás á alguno || met. Aumentar, mejorar || Añadir ó inventar en alguna materia || met. Aventajar á alguno || ant. Poner delante || Llevar adelante, mantener || Progresar en estudios, en desarrollo físico, etc. || For. Antigüamente, dar poder ó nombrar procurador || Pint. Hacer resaltar una figura del cuadro, colocarla en lugar más inmediato.

Adelante, adv. Más allá || Lo futuro, lo venidero || Indicar á otro la entrada en una habitación, dar permiso para entrar.

Adelanto, m. Adelantamiento || Anticipar dinero, granos, etc.

Adelantrado, m. ant. Adelantado.

Adelantranza, f. ant. Adelantanza.

Adelantrar, a. ant. Adelantar.

Adelantre, adv. ant. Adelante.

Adelfa, f. Bot. Planta dicotiledónea apocíneas. Se cultiva en los jardines, y consiste en un arbusto de flores de color de rosa y hojas verdes parecidas á las del laurel. Es venenosa

y procede de las Indias orientales, en donde existe con mucha abundancia en las costas y orillas de los ríos.

Adelfal, adj. Plantación de adelfas. Lugar poblado de adelfas.

Adelfia, f. Bot. Unión de varios estambres formando un sustentáculo común.

Adélfico, adj. Bot. Adelfo.

Adelfilla, f. Bot. Aureola.

Adelfina, f. Bot. Especie de palmera.

Adelgazador, ra, m. y f. El que adelgaza.

Adelgazamiento, m. Acción y efecto de adelgazar.

Adelgazar, a. Hacer ó poner delgada alguna cosa || Utilizar, apurar alguna materia || ant. Disminuir, minorar, apocar, acortar, rebajar || ant. Discurrir con poco fundamento || Enflaquecer, ponerse delgado || ant. Se dice cuando se habla con facilidad, con soltura, rapidez, etc.

Adelinar, a. ant. Delinear || Componer, dirigir || ant. Encaminarse á un lugar.

Adelinecho, cha, adj. ant. En línea recta, lo que está derecho.

Adeliñar, a, ant. Endurecer, enmendar un defecto || ant. Aliñarse.

Adeliño, m. ant. Aliño.

Adema, f. Madero que sirve para entibar || v. Ademe.

Ademador, m. El que hace ó construye ademes.

Ademán, m. Acción, movimiento, señal exterior para manifestar el gusto ó disgusto ó cualquier otro estado del ánimo || adv. Postura ó acción para ejecutar algo || Movimiento con que se acompaña la frase, el discurso.

Ademar, a. Min. Cubrir con ademes los pilares y labores de las minas para su mayor seguridad.

Además, m. A más de esto || ant. Con demasía, con exceso.

Ademe, m. Min. Cubierta de madera para asegurar ó sostener los tiros y pilares de las minas.

Ademonia, f. Med. Ansiedad, agitación, abatimiento de espíritu.

Adenodadas, adv. m. ant. Denodadamente.

ADEN

— 43 —

ADES

Adenología, f. Med. Parte de la ciencia médica que trata de las glándulas.

Adenoso, sa, adj. ant. Glanduloso.

Adensar, a. ant. Condensar.

Adental, adv. ant. Pormenor.

Adentellar, a. Clavar ó hincar los dientes || ant. Murmurar, criticar, maldecir || Se dice cuando se dejan dientes en una pared para ajustarlos con otros al proseguir la construcción.

Adentro, adv. En el interior, dentro de una cosa || Moralmente se dice del interior del ánimo || En equitación se dice del lado del jinete ó del caballo que corresponde al interior del picadero.

Adepto, ta, adj. neol. Iniciado en los secretos de la alquimia || Aflido á una secta ó asociación particular, especialmente si es clandestina.

Aderar, a. ant. Tasar á dinero.

Aderedor, adv. ant. Alrededor.

Aderezadura, f. ant. Aderezo.

Aderezamiento, m. ant. Aderezo. Acción y efecto de aderezar.

Aderezar, a. Componer, arreglar, adornar || Guisar ó componer la comida || Arreglar una cosa descompuesta || Disponer, preparar || ant. Enderezar, dirigir, encaminar.

Aderezo, m. Acción y efecto de aderezar || Goma ú otros ingredientes que se echan en las telas de seda ó lienzo || Condimento, guiso || Adorno de oro, plata ó pedrería que usan las mujeres, y consta de collar, pendientes, manillas, etc. || Prevención, disposición de lo necesario para alguna cosa || Manillas, tapafundas y demás arcos que se ponen de adorno al caballo || Guarnición que tienen las espadas en la parte donde se empuñan y en la contera de la vaina.

Aderra, f. Moromilla de esparto para apretar el orujo.

Aderredor, adv. ant. Alrededor.

Adestrado, da, adj. Blas. Escondo que en el lado derecho tiene alguna partición ó blasón. Figura ó blasón principal, á cuya diestra hay otro.

Adestrador, ra, m. y f. El que adiestra.

Adestramiento, m. Acción y efecto de adiestrar.



y éstas han dado lugar á una multitud de operaciones que reducidas á sus principios son estas cuatro reglas, á saber: adición, sustracción, multiplicación y división, ó lo que es lo mismo, sumar, restar, multiplicar y partir. También los antiguos conocían estas reglas; y como los modernos no han hecho más que variarlas y aplicarlas á otros usos, no se hizo mucho caso de estas invenciones que, á la verdad, más han sido obra del tiempo que esfuerzos del entendimiento.

Los primeros que conocieron este defecto fueron los matemáticos árabes, y para suplir la falta buscaron modo de hacerla general, calculando con caracteres simbólicos. Usando de dos géneros de caracteres, distinguieron las cosas que conocían de las incógnitas, y formaron así una nueva Aritmética que llamaron *simbólica*.

Ignoramos cuáles eran estos símbolos y el tiempo en que los árabes empezaron á servirse de ellos; solo sabemos, que siguiendo esta idea, esto es, sirviendo-

se de expresiones generales y de signos universales, consiguieron poder calcular, no solamente aquello que ignoraban, sino también lo que no se puede expresar, ni hacer inteligible con los números.

Hicieron más: sujetaron al cálculo las cantidades positivas y negativas, y con esto resolvieron cuestiones en que se trataba al mismo tiempo de valuar los bienes que un hombre tanta y los que no tenía. Un hombre, decían ellos, que tiene mil doblones, tiene una cantidad positiva, ó unos bienes reales y efectivos; pero el que nada tiene y debe mil doblones, tiene una cantidad negativa ó unos bienes negativos, porque le faltan mil doblones, al que los debe, para hallarse en el estado de un hombre que nada tiene, pero que nada debe.

Se cree que estos pueblos aprendieron todo esto de los indios, pero es una mera conjetura. Algunos eruditos piensan de otro modo, y dicen que los griegos enseñaron esta invención á los árabes. Sea lo que

de una niña, pues no tendría arriba de 13 años, vestida toda de blanco y sin adorno alguno en su persona. Retrábanse íntimamente unidas en su semblante la candorosa ingenuidad de la niñez con la inteligencia de la edad madura. No solo moraba en sus ojos aquella inocencia de paloma que describe el poeta sagrado, sino que continuamente los iluminaba la expresión de un afecto profundo y puro, como si los tuviese clavados más allá de los objetos que la rodeaban en uno, visible solo para ella y tiernamente amado. Su frente era el trono de la pureza y de la bondad: espaciosa, tersa, franca y marcada con el sello de la lealtad. Una ligera sonrisa relucía alrededor de sus labios, y sus flexibles facciones reproducían, sin rebozo, las impresiones que alternativamente recibía su sensible corazón. Los que la conocían estaban persuadidos de que nunca pensaba en sí misma, y de que su existencia toda la absorbían la benevolencia hacia los que se acercaban á ella, y el amor al invisible objeto de su predilección.

Cuando Syra se encontró con esta hermosa aparición, semejante á la de un ángel, se detuvo un instante. Pero la niña, tomándole la mano y besándosela con reverencia, le dijo:—Todo lo he presenciado. Aguardame en el cuarto de la entrada hasta que salga.

Adelantóse luego, y Fabiola al verla se sonrió, temiendo que la niña hubiese sido testigo de su descompuesto arranque de cólera. Despidió secretamente con un movimiento de su mano á las otras dos esclavas,

vas, y saludó á su parienta, pues lo era con cordial afecto. Hemos dicho que Fabiola exceptuaba de las exigencias de su arrogancia á solo contadas personas. Una de ellas era su nodriza, la liberta Enfrosina, á quien estaba encomendado el manejo de la casa, cuya exclusiva creencia consistía en que Fabiola era la criatura más perfecta, la más discreta, la más adornada de talentos y habilidades; la dama, en fin, más admirable y simpár de Roma. La otra, la jovencita que entraba á visitarla, á quien trataba con el más invariable cariño y en cuya sociedad se complacía.

—¡Qué buena eres, Inés!—exclamó la ya apaciguada Fabiola,—con haber venido apenas has recibido mi precipitado recado, á cenar esta noche con nosotros. La verdad es que mi padre tiene dos nuevos convidados, y yo deseaba encontrar una compañera con quien conversar. Sin embargo, tengo mucha curiosidad de conocer á uno de los convidados, á un tal Fulvio, cuyas gracias, talentos y riquezas son el asunto de todas las conversaciones; bien que nadie sepa quién es, cuál es su profesión, ni de dónde ha salido.

—Desimada Fabiola—contestó Inés—sabes muy bien que siempre te vengo á ver con placer, y mis buenos padres me lo permiten gustosos. Con que déjate de excusas.

—Y ¿has venido como de costumbre—dijo la otra chancocándose—sin joyas ni más adornos que tu vestido blanco, como si te fueras todos los días á desposar? Pero, ¡cielos! ¿qué veo? ¿Te has dado algún golpe?

—¡Cómo, no está Romo? ¡Pues tanto me lo pienso!

—Usted dispense señora—pero yo me mantengo firme en mi idea; ahora, haga usted lo que le dé la gana. Entonces ella comenzó á alborotar, profiriendo palabras ordinarias, dando á su cara, más bien bonita y manifestándose, en suma, tal como era. Mateo la dejó chillar, mirándola fijamente con profundo disgusto; adivinaba todos los tormentos que aquella mujerzuela había hecho sufrir á la pobre criaturita, y se preguntaba qué casta de hombre era el tal Lauretti para dejarse dominar así por una queruida de tan ruin condición.

—Hable usted más bajo señora—le dijo con irónica cortesía—y repare que no tiene más razón el que más grita; yo he tenido ya el honor de decirle que puede usted tomar la determinación que crea más conveniente, porque, por mi parte, estoy dispuesto á no entregar al chico sino á su propio padre. Hoy mismo, sin pérdida de tiempo, le escribiré dándole cuenta de todo, para que apresure su regreso.

Ella guardó silencio, evidentemente intimidada por estas últimas palabras.

—Como usted guste—repuso aparentando indiferencia, y se marchó.

Mateo escribió una extensa carta al Lauretti, condenando abiertamente, con bastante dureza y severi-

á enlazarse, Laura, vuelva, me importa hablar á Lisardo; para cuyo efecto quedé Silvia ya con un papel, en que le digo que venga á verme á esta casa, donde yo le de estar...

Detente, espera, que has usado neciamente, Marcela, de la licencia de la amistad; pues primero que á ese Lisardo escribirías, ni á mi casa le llamaras, debieras mirar, debieras advertir desde la tuya, los inconvenientes desta. Ya, Laura, los he mirado, sin que corran por tu cuenta. ¿De qué manera? Si yo... Escucha de qué manera. Tu casa tiene dos cuartos, y del uno cae la puerta á otra calle; á Silvia díje que le trajese por ella; de suerte que entrando, Laura, por donde saber no podía, en fin, como forastero, si es casa tuya, ¿qué arriesgas? Arriesgo el que lo pregunté, y lo que hoy no sabe, sepa mañana, y piense que yo soy la lapada.

Que adviertas, te pido, que yo he de estar de visita y descuidada, como si fuera mi casa.

—;cómo, no está Romo? ¡Pues tanto me lo pienso!

—Usted dispense señora—pero yo me mantengo firme en mi idea; ahora, haga usted lo que le dé la gana.

Entonces ella comenzó á alborotar, profiriendo palabras ordinarias, dando á su cara, más bien bonita y manifestándose, en suma, tal como era.

Mateo la dejó chillar, mirándola fijamente con profundo disgusto; adivinaba todos los tormentos que aquella mujerzuela había hecho sufrir á la pobre criaturita, y se preguntaba qué casta de hombre era el tal Lauretti para dejarse dominar así por una queruida de tan ruin condición.

—Hable usted más bajo señora—le dijo con irónica cortesía—y repare que no tiene más razón el que más grita; yo he tenido ya el honor de decirle que puede usted tomar la determinación que crea más conveniente, porque, por mi parte, estoy dispuesto á no entregar al chico sino á su propio padre. Hoy mismo, sin pérdida de tiempo, le escribiré dándole cuenta de todo, para que apresure su regreso.

Ella guardó silencio, evidentemente intimidada por estas últimas palabras.

—Como usted guste—repuso aparentando indiferencia, y se marchó.

Mateo escribió una extensa carta al Lauretti, condenando abiertamente, con bastante dureza y severi-

dad, á enlazarse, Laura, vuelva, me importa hablar á Lisardo; para cuyo efecto quedé Silvia ya con un papel, en que le digo que venga á verme á esta casa, donde yo le de estar...

Detente, espera, que has usado neciamente, Marcela, de la licencia de la amistad; pues primero que á ese Lisardo escribirías, ni á mi casa le llamaras, debieras mirar, debieras advertir desde la tuya, los inconvenientes desta. Ya, Laura, los he mirado, sin que corran por tu cuenta. ¿De qué manera? Si yo... Escucha de qué manera. Tu casa tiene dos cuartos, y del uno cae la puerta á otra calle; á Silvia díje que le trajese por ella; de suerte que entrando, Laura, por donde saber no podía, en fin, como forastero, si es casa tuya, ¿qué arriesgas? Arriesgo el que lo pregunté, y lo que hoy no sabe, sepa mañana, y piense que yo soy la lapada.

Que adviertas, te pido, que yo he de estar de visita y descuidada, como si fuera mi casa.

—;cómo, no está Romo? ¡Pues tanto me lo pienso!

—Usted dispense señora—pero yo me mantengo firme en mi idea; ahora, haga usted lo que le dé la gana.

Entonces ella comenzó á alborotar, profiriendo palabras ordinarias, dando á su cara, más bien bonita y manifestándose, en suma, tal como era.

Mateo la dejó chillar, mirándola fijamente con profundo disgusto; adivinaba todos los tormentos que aquella mujerzuela había hecho sufrir á la pobre criaturita, y se preguntaba qué casta de hombre era el tal Lauretti para dejarse dominar así por una queruida de tan ruin condición.

—Hable usted más bajo señora—le dijo con irónica cortesía—y repare que no tiene más razón el que más grita; yo he tenido ya el honor de decirle que puede usted tomar la determinación que crea más conveniente, porque, por mi parte, estoy dispuesto á no entregar al chico sino á su propio padre. Hoy mismo, sin pérdida de tiempo, le escribiré dándole cuenta de todo, para que apresure su regreso.

Ella guardó silencio, evidentemente intimidada por estas últimas palabras.

—Como usted guste—repuso aparentando indiferencia, y se marchó.

Mateo escribió una extensa carta al Lauretti, condenando abiertamente, con bastante dureza y severi-

dad, á enlazarse, Laura, vuelva, me importa hablar á Lisardo; para cuyo efecto quedé Silvia ya con un papel, en que le digo que venga á verme á esta casa, donde yo le de estar...

Detente, espera, que has usado neciamente, Marcela, de la licencia de la amistad; pues primero que á ese Lisardo escribirías, ni á mi casa le llamaras, debieras mirar, debieras advertir desde la tuya, los inconvenientes desta. Ya, Laura, los he mirado, sin que corran por tu cuenta. ¿De qué manera? Si yo... Escucha de qué manera. Tu casa tiene dos cuartos, y del uno cae la puerta á otra calle; á Silvia díje que le trajese por ella; de suerte que entrando, Laura, por donde saber no podía, en fin, como forastero, si es casa tuya, ¿qué arriesgas? Arriesgo el que lo pregunté, y lo que hoy no sabe, sepa mañana, y piense que yo soy la lapada.

Que adviertas, te pido, que yo he de estar de visita y descuidada, como si fuera mi casa.

—;cómo, no está Romo? ¡Pues tanto me lo pienso!

—Usted dispense señora—pero yo me mantengo firme en mi idea; ahora, haga usted lo que le dé la gana.

Entonces ella comenzó á alborotar, profiriendo palabras ordinarias, dando á su cara, más bien bonita y manifestándose, en suma, tal como era.

Mateo la dejó chillar, mirándola fijamente con profundo disgusto; adivinaba todos los tormentos que aquella mujerzuela había hecho sufrir á la pobre criaturita, y se preguntaba qué casta de hombre era el tal Lauretti para dejarse dominar así por una queruida de tan ruin condición.

—Hable usted más bajo señora—le dijo con irónica cortesía—y repare que no tiene más razón el que más grita; yo he tenido ya el honor de decirle que puede usted tomar la determinación que crea más conveniente, porque, por mi parte, estoy dispuesto á no entregar al chico sino á su propio padre. Hoy mismo, sin pérdida de tiempo, le escribiré dándole cuenta de todo, para que apresure su regreso.

Ella guardó silencio, evidentemente intimidada por estas últimas palabras.

—Como usted guste—repuso aparentando indiferencia, y se marchó.

Mateo escribió una extensa carta al Lauretti, condenando abiertamente, con bastante dureza y severi-

dad, á enlazarse, Laura, vuelva, me importa hablar á Lisardo; para cuyo efecto quedé Silvia ya con un papel, en que le digo que venga á verme á esta casa, donde yo le de estar...

Detente, espera, que has usado neciamente, Marcela, de la licencia de la amistad; pues primero que á ese Lisardo escribirías, ni á mi casa le llamaras, debieras mirar, debieras advertir desde la tuya, los inconvenientes desta. Ya, Laura, los he mirado, sin que corran por tu cuenta. ¿De qué manera? Si yo... Escucha de qué manera. Tu casa tiene dos cuartos, y del uno cae la puerta á otra calle; á Silvia díje que le trajese por ella; de suerte que entrando, Laura, por donde saber no podía, en fin, como forastero, si es casa tuya, ¿qué arriesgas? Arriesgo el que lo pregunté, y lo que hoy no sabe, sepa mañana, y piense que yo soy la lapada.

Que adviertas, te pido, que yo he de estar de visita y descuidada, como si fuera mi casa.

—;cómo, no está Romo? ¡Pues tanto me lo pienso!

—Usted dispense señora—pero yo me mantengo firme en mi idea; ahora, haga usted lo que le dé la gana.

Entonces ella comenzó á alborotar, profiriendo palabras ordinarias, dando á su cara, más bien bonita y manifestándose, en suma, tal como era.

Mateo la dejó chillar, mirándola fijamente con profundo disgusto; adivinaba todos los tormentos que aquella mujerzuela había hecho sufrir á la pobre criaturita, y se preguntaba qué casta de hombre era el tal Lauretti para dejarse dominar así por una queruida de tan ruin condición.

—Hable usted más bajo señora—le dijo con irónica cortesía—y repare que no tiene más razón el que más grita; yo he tenido ya el honor de decirle que puede usted tomar la determinación que crea más conveniente, porque, por mi parte, estoy dispuesto á no entregar al chico sino á su propio padre. Hoy mismo, sin pérdida de tiempo, le escribiré dándole cuenta de todo, para que apresure su regreso.

Ella guardó silencio, evidentemente intimidada por estas últimas palabras.

—Como usted guste—repuso aparentando indiferencia, y se marchó.

Mateo escribió una extensa carta al Lauretti, condenando abiertamente, con bastante dureza y severi-

dad, á enlazarse, Laura, vuelva, me importa hablar á Lisardo; para cuyo efecto quedé Silvia ya con un papel, en que le digo que venga á verme á esta casa, donde yo le de estar...

Detente, espera, que has usado neciamente, Marcela, de la licencia de la amistad; pues primero que á ese Lisardo escribirías, ni á mi casa le llamaras, debieras mirar, debieras advertir desde la tuya, los inconvenientes desta. Ya, Laura, los he mirado, sin que corran por tu cuenta. ¿De qué manera? Si yo... Escucha de qué manera. Tu casa tiene dos cuartos, y del uno cae la puerta á otra calle; á Silvia díje que le trajese por ella; de suerte que entrando, Laura, por donde saber no podía, en fin, como forastero, si es casa tuya, ¿qué arriesgas? Arriesgo el que lo pregunté, y lo que hoy no sabe, sepa mañana, y piense que yo soy la lapada.

Que adviertas, te pido, que yo he de estar de visita y descuidada, como si fuera mi casa.

—;cómo, no está Romo? ¡Pues tanto me lo pienso!

—Usted dispense señora—pero yo me mantengo firme en mi idea; ahora, haga usted lo que le dé la gana.

Entonces ella comenzó á alborotar, profiriendo palabras ordinarias, dando á su cara, más bien bonita y manifestándose, en suma, tal como era.

Mateo la dejó chillar, mirándola fijamente con profundo disgusto; adivinaba todos los tormentos que aquella mujerzuela había hecho sufrir á la pobre criaturita, y se preguntaba qué casta de hombre era el tal Lauretti para dejarse dominar así por una queruida de tan ruin condición.

—Hable usted más bajo señora—le dijo con irónica cortesía—y repare que no tiene más razón el que más grita; yo he tenido ya el honor de decirle que puede usted tomar la determinación que crea más conveniente, porque, por mi parte, estoy dispuesto á no entregar al chico sino á su propio padre. Hoy mismo, sin pérdida de tiempo, le escribiré dándole cuenta de todo, para que apresure su regreso.

Ella guardó silencio, evidentemente intimidada por estas últimas palabras.

—Como usted guste—repuso aparentando indiferencia, y se marchó.

Mateo escribió una extensa carta al Lauretti, condenando abiertamente, con bastante dureza y severi-

dad, á enlazarse, Laura, vuelva, me importa hablar á Lisardo; para cuyo efecto quedé Silvia ya con un papel, en que le digo que venga á verme á esta casa, donde yo le de estar...

Detente, espera, que has usado neciamente, Marcela, de la licencia de la amistad; pues primero que á ese Lisardo escribirías, ni á mi casa le llamaras, debieras mirar, debieras advertir desde la tuya, los inconvenientes desta. Ya, Laura, los he mirado, sin que corran por tu cuenta. ¿De qué manera? Si yo... Escucha de qué manera. Tu casa tiene dos cuartos, y del uno cae la puerta á otra calle; á Silvia díje que le trajese por ella; de suerte que entrando, Laura, por donde saber no podía, en fin, como forastero, si es casa tuya, ¿qué arriesgas? Arriesgo el que lo pregunté, y lo que hoy no sabe, sepa mañana, y piense que yo soy la lapada.

Que adviertas, te pido, que yo he de estar de visita y descuidada, como si fuera mi casa.

—;cómo, no está Romo? ¡Pues tanto me lo pienso!

—Usted dispense señora—pero yo me mantengo firme en mi idea; ahora, haga usted lo que le dé la gana.

Entonces ella comenzó á alborotar, profiriendo palabras ordinarias, dando á su cara, más bien bonita y manifestándose, en suma, tal como era.

Mateo la dejó chillar, mirándola fijamente con profundo disgusto; adivinaba todos los tormentos que aquella mujerzuela había hecho sufrir á la pobre criaturita, y se preguntaba qué casta de hombre era el tal Lauretti para dejarse dominar así por una queruida de tan ruin condición.

—Hable usted más bajo señora—le dijo con irónica cortesía—y repare que no tiene más razón el que más grita; yo he tenido ya el honor de decirle que puede usted tomar la determinación que crea más conveniente, porque, por mi parte, estoy dispuesto á no entregar al chico sino á su propio padre. Hoy mismo, sin pérdida de tiempo, le escribiré dándole cuenta de todo, para que apresure su regreso.

Ella guardó silencio, evidentemente intimidada por estas últimas palabras.

—Como usted guste—repuso aparentando indiferencia, y se marchó.

Mateo escribió una extensa carta al Lauretti, condenando abiertamente, con bastante dureza y severi-

dad, á enlazarse, Laura, vuelva, me importa hablar á Lisardo; para cuyo efecto quedé Silvia ya con un papel, en que le digo que venga á verme á esta casa, donde yo le de estar...

Detente, espera, que has usado neciamente, Marcela, de la licencia de la amistad; pues primero que á ese Lisardo escribirías, ni á mi casa le llamaras, debieras mirar, debieras advertir desde la tuya, los inconvenientes desta. Ya, Laura, los he mirado, sin que corran por tu cuenta. ¿De qué manera? Si yo... Escucha de qué manera. Tu casa tiene dos cuartos, y del uno cae la puerta á otra calle; á Silvia díje que le trajese por ella; de suerte que entrando, Laura, por donde saber no podía, en fin, como forastero, si es casa tuya, ¿qué arriesgas? Arriesgo el que lo pregunté, y lo que hoy no sabe, sepa mañana, y piense que yo soy la lapada.

Que adviertas, te pido, que yo he de estar de visita y descuidada, como si fuera mi casa.

—;cómo, no está Romo? ¡Pues tanto me lo pienso!

—Usted dispense señora—pero yo me mantengo firme en mi idea; ahora, haga usted lo que le dé la gana.

Entonces ella comenzó á alborotar, profiriendo palabras ordinarias, dando á su cara, más bien bonita y manifestándose, en suma, tal como era.

Mateo la dejó chillar, mirándola fijamente con profundo disgusto; adivinaba todos los tormentos que aquella mujerzuela había hecho sufrir á la pobre criaturita, y se preguntaba qué casta de hombre era el tal Lauretti para dejarse dominar así por una queruida de tan ruin condición.

—Hable usted más bajo señora—le dijo con irónica cortesía—y repare que no tiene más razón el que más grita; yo he tenido ya el honor de decirle que puede usted tomar la determinación que crea más conveniente, porque, por mi parte, estoy dispuesto á no entregar al chico sino á su propio padre. Hoy mismo, sin pérdida de tiempo, le escribiré dándole cuenta de todo, para que apresure su regreso.

Ella guardó silencio, evidentemente intimidada por estas últimas palabras.

—Como usted guste—repuso aparentando indiferencia, y se marchó.

Mateo escribió una extensa carta al Lauretti, condenando abiertamente, con bastante dureza y severi-

dad, á enlazarse, Laura, vuelva, me importa hablar á Lisardo; para cuyo efecto quedé Silvia ya con un papel, en que le digo que venga á verme á esta casa, donde yo le de estar...

Detente, espera, que has usado neciamente, Marcela, de la licencia de la amistad; pues primero que á ese Lisardo escribirías, ni á mi casa le llamaras, debieras mirar, debieras advertir desde la tuya, los inconvenientes desta. Ya, Laura, los he mirado, sin que corran por tu cuenta. ¿De qué manera? Si yo... Escucha de qué manera. Tu casa tiene dos cuartos, y del uno cae la puerta á otra calle; á Silvia díje que le trajese por ella; de suerte que entrando, Laura, por donde saber no podía, en fin, como forastero, si es casa tuya, ¿qué arriesgas? Arriesgo el que lo pregunté, y lo que hoy no sabe, sepa mañana, y piense que yo soy la lapada.

Que adviertas, te pido, que yo he de estar de visita y descuidada, como si fuera mi casa.

—;cómo, no está Romo? ¡Pues tanto me lo pienso!

—Usted dispense señora—pero yo me mantengo firme en mi idea; ahora, haga usted lo que le dé la gana.

Entonces ella comenzó á alborotar, profiriendo palabras ordinarias, dando á su cara, más bien bonita y manifestándose, en suma, tal como era.

Mateo la dejó chillar, mirándola fijamente con profundo disgusto; adivinaba todos los tormentos que aquella mujerzuela había hecho sufrir á la pobre criaturita, y se preguntaba qué casta de hombre era el tal Lauretti para dejarse dominar así por una queruida de tan ruin condición.

—Hable usted más bajo señora—le dijo con irónica cortesía—y repare que no tiene más razón el que más grita; yo he tenido ya el honor de decirle que puede usted tomar la determinación que crea más conveniente, porque, por mi parte, estoy dispuesto á no entregar al chico sino á su propio padre. Hoy mismo, sin pérdida de tiempo, le escribiré dándole cuenta de todo, para que apresure su regreso.

Ella guardó silencio, evidentemente intimidada por estas últimas palabras.

—Como usted guste—repuso aparentando indiferencia, y se marchó.

Mateo escribió una extensa carta al Lauretti, condenando abiertamente, con bastante dureza y severi-

dad, á enlazarse, Laura, vuelva, me importa hablar á Lisardo; para cuyo efecto quedé Silvia ya con un papel, en que le digo que venga á verme á esta casa, donde yo le de estar...

Detente, espera, que has usado neciamente, Marcela, de la licencia de la amistad; pues primero que á ese Lisardo escribirías, ni á mi casa le llamaras, debieras mirar, debieras advertir desde la tuya, los inconvenientes desta. Ya, Laura, los he mirado, sin que corran por tu cuenta. ¿De qué manera? Si yo... Escucha de qué manera. Tu casa tiene dos cuartos, y del uno cae la puerta á otra calle; á Silvia díje que le trajese por ella; de suerte que entrando, Laura, por donde saber no podía, en fin, como forastero, si es casa tuya, ¿qué arriesgas? Arriesgo el que lo pregunté, y lo que hoy no sabe, sepa mañana, y piense que yo soy la lapada.

Que adviertas, te pido, que yo he de estar de visita y descuidada, como si fuera mi casa.

—;cómo, no está Romo? ¡Pues tanto me lo pienso!

—Usted dispense señora—pero yo me mantengo firme en mi idea; ahora, haga usted lo que le dé la gana.

Entonces ella comenzó á alborotar, profiriendo palabras ordinarias, dando á su cara, más bien bonita y manifestándose, en suma, tal como era.

Mateo la dejó chillar, mirándola fijamente con profundo disgusto; adivinaba todos los tormentos que aquella mujerzuela había hecho sufrir á la pobre criaturita, y se preguntaba qué casta de hombre era el tal Lauretti para dejarse dominar así por una queruida de tan ruin condición.

—Hable usted más bajo señora—le dijo con irónica cortesía—y repare que no tiene más razón el que más grita; yo he tenido ya el honor de decirle que puede usted tomar la determinación que crea más conveniente, porque, por mi parte, estoy dispuesto á no entregar al chico sino á su propio padre. Hoy mismo, sin pérdida de tiempo, le escribiré dándole cuenta de todo, para que apresure su regreso.

Ella guardó silencio, evidentemente intimidada por estas últimas palabras.

—Como usted guste—repuso aparentando indiferencia, y se marchó.

Mateo escribió una extensa carta al Lauretti, condenando abiertamente, con bastante dureza y severi-

dad, á enlazarse, Laura, vuelva, me importa hablar á Lisardo; para cuyo efecto quedé Silvia ya con un papel, en que le digo que venga á verme á esta casa, donde yo le de estar...

Detente, espera, que has usado neciamente, Marcela, de la licencia de la amistad; pues primero que á ese Lisardo escribirías, ni á mi casa le llamaras, debieras mirar, debieras advertir desde la tuya, los inconvenientes desta. Ya, Laura, los he mirado, sin que corran por tu cuenta. ¿De qué manera? Si yo... Escucha de qué manera. Tu casa tiene dos cuartos, y del uno cae la puerta á otra calle; á Silvia díje que le trajese por ella; de suerte que entrando, Laura, por donde saber no podía, en fin, como forastero, si es casa tuya, ¿qué arriesgas? Arriesgo el que lo pregunté, y lo que hoy no sabe, sepa mañana, y piense que yo soy la lapada.

Que adviertas, te pido, que yo he de estar de visita y descuidada, como si fuera mi casa.

—;cómo, no está Romo? ¡Pues tanto me lo pienso!

—Usted dispense señora—pero yo me mantengo firme en mi idea; ahora, haga usted lo que le dé la gana.

Entonces ella comenzó á alborotar, profiriendo palabras ordinarias, dando á su cara, más bien bonita y manifestándose, en suma, tal como era.

Mateo la dejó chillar, mirándola fijamente con profundo disgusto; adivinaba todos los tormentos que aquella mujerzuela había hecho sufrir á la pobre criaturita, y se preguntaba qué casta de hombre era el tal Lauretti para dejarse dominar así por una queruida de tan ruin condición.

—Hable usted más bajo señora—le dijo con irónica cortesía—y repare que no tiene más razón el que más grita; yo he tenido ya el honor de decirle que puede usted tomar la determinación que crea más conveniente, porque, por mi parte, estoy dispuesto á no entregar al chico sino á su propio padre. Hoy mismo, sin pérdida de tiempo, le escribiré dándole cuenta de todo, para que apresure su regreso.

Ella guardó silencio, evidentemente intimidada por estas últimas palabras.

—Como usted guste—repuso aparentando indiferencia, y se marchó.

Mateo escribió una extensa carta al Lauretti, condenando abiertamente, con bastante dureza y severi-

dad, á enlazarse, Laura, vuelva, me importa hablar á Lisardo; para cuyo efecto quedé Silvia ya con un papel, en que le digo que venga á verme á esta casa, donde yo le de estar...

Detente, espera, que has usado neciamente, Marcela, de la licencia de la amistad; pues primero que á ese Lisardo escribirías, ni á mi casa le llamaras, debieras mirar, debieras advertir desde la tuya, los inconvenientes desta. Ya, Laura, los he mirado, sin que corran por tu cuenta. ¿De qué manera? Si yo... Escucha de qué manera. Tu casa tiene dos cuartos, y del uno cae la puerta á otra calle; á Silvia díje que le trajese por ella; de suerte que entrando, Laura, por donde saber no podía, en fin, como forastero, si es casa tuya, ¿qué arriesgas? Arriesgo el que lo pregunté, y lo que hoy no sabe, sepa mañana, y piense que yo soy la lapada.

Que adviertas, te pido, que yo he de estar de visita y descuidada, como si fuera mi casa.

—;cómo, no está Romo? ¡Pues tanto me lo pienso!

—Usted dispense señora—pero yo me mantengo firme en mi idea; ahora, haga usted lo que le dé la gana.

Entonces ella comenzó á alborotar, profiriendo palabras ordinarias, dando á su cara, más bien bonita y manifestándose, en suma, tal como era.

Mateo la dejó chillar, mirándola fijamente con profundo disgusto; adivinaba todos los tormentos que aquella mujerzuela había hecho sufrir á la pobre criaturita, y se preguntaba qué casta de hombre era el tal Lauretti para dejarse dominar así por una queruida de tan ruin condición.

—Hable usted más bajo señora—le dijo con irónica cortesía—y repare que no tiene más razón el que más grita; yo he tenido ya el honor de decirle que puede usted tomar la determinación que crea más conveniente, porque, por mi parte, estoy dispuesto á no entregar al chico sino á su propio padre. Hoy mismo, sin pérdida de tiempo, le escribiré dándole cuenta de todo, para que apresure su regreso.

No obstante los esfuerzos que hicieron los matemáticos para perfeccionar la Aritmética, y resolver por ella los problemas más curiosos y difíciles, se reconoció, sin embargo, que sus límites eran estrechísimos. Como los números son determinados, el que se sirviere de ellos para resolver problemas, solo podrá dar soluciones particulares.

Cada problema de un mismo género pide su resolución particular. La cosa que se busca está expresada, aunque no designada especialmente; sin embargo, hay problemas en que los números no puedan representar la incógnita, y es menester para indicarla un carácter simbólico sin valor ninguno, de lo que carece la Aritmética.

HISTORIA DEL ALGEBRA



—¿No reparas sobre el pecho, una mancha grande colorada que parece de sangre? Ven á mudarte al instante de vestido.

—De ninguna manera. Por el mundo entero no lo haría. Es la única joya, el único aderezo que pienso llevar esta noche. Es una mancha de sangre, sí, y sangre de una esclava, pero más noble, más generosa á mis ojos que la que por tus venas y las mías circula.

Revelóse entonces de improviso toda la verdad á Fabiola. Inés había visto, sin duda, la escena; y vergonzosamente confundida, dijo con cierta aspereza: —Según eso, ¿pretendes ostentar á la vista de todos la prueba de la destemplada viveza de mi genio en castigar con demasiado rigor el descaro de una esclava?

—No, prima. Muy lejos de eso. Lo único que me propongo es guardar para mi uso la lección de firmeza y magnanimidad de ánimo que he recibido de una esclava y que pocos filósofos patricios nos darían. —¿Qué extraña idea es la tuya! Pero he notado, Inés, que das demasiada importancia á esa clase de gentes. Al cabo, ¿qué son?

—Criaturas humanas como nosotras, dotadas de entendimiento, animadas de los mismos efectos y organizadas como nosotras. En eso, á lo menos, convendrás sin ir más lejos, y en que constituyen parte de la misma familia; y si Dios, á quien debemos nuestra vida, es por eso nuestro padre, lo es por lo mismo



CAPÍTULO V

La visita.

Mientras la última parte del diálogo que precedió á la catástrofe que acabamos de contar, apareció en el aposento una visión, que á ser notada antes por Fabiola, habría interrumpido aquél y evitado ésta. Las habitaciones interiores de las casas romanas estaban más frecuentemente separadas unas de otras por cortinas que por puertas, y era fácil, por lo tanto, á cualquiera persona entrar inadvertida, especialmente en momentos de agitación, como el de la escena que hemos presenciado. Así sucedió esta vez, y cuando Syra salió, casi retrocedió sorprendida al descubrir de pie, delante de la cortina de color carmesí oscuro, y en resplandeciente relieve, una persona á quien desde luego reconoció, y la cual vamos rápidamente á bosquejar.

Era la de una dama, ó hablando con más propiedad,

dad su conducta, y diciéndole que puesto que él no procedía como era debido, otros habian en adelante de cuidarse del pequeño.

Pero estas palabras, escritas inconscientemente, le produjeron, sin embargo, la sensación de helado malestar y de vacío, que le asaltaban al recordar su próximo fin.

¡Ah! él debía morir: ¿quién velaría entonces por el niño?

Tampoco aquel día salió de su casa, entreteniéndose con el gracioso Gino. Las horas transcurrían rápidas y casi serenas en un vago olvido de su suerte.

Al anochecer recibió una carta de Luisa. La mujer, temerosa de lo que pudiera sucederle si el amo llegaba á enterarse de todo lo que habia de verdad en aquel asunto, se mostraba humilde y suplicante, rogando á Mateo que no la comprometiese, y protestando de que en adelante seria cariñosísima con el muchacho.

Mateo se quedó pensativo.

¡Si la creyeses!—dijo.—¡Si me lavase las manos!

—¿Qué debo esperar? ¿Qué debo hacer?

—¿Qué debo hacer?—repeta frecuentemente.—Se acordó de que debía morir, y en aquel momento experimentó una sensación, no desconocida, sino ya experimentada en los días primeros de su obsesión suicida.

Advirtió que esto era un miedo misterioso de la muerte, y sintió que se apagaban sus ánimos para morir. Se dio cuenta de este miedo, y examinándolo y reconociéndolo sintió un impulso de cólera.

— 14 —

cuanto difícil la vuelta
del más hermoso peligro!
Digas que desde afuera,
conviniendo con la paz
á cuantos á verte llegan,
unas con otras se encuentran;
cuando jugando por las ondas
pisas su inconstante selva,
ese lloró más perdido
la sata de sus de
los que al que se
gustó en la pacada se
el mar de amor; pero apenas
reconoció sus halagos,
Pensarás que este cuidado
solo alcanza, solo llega
á hallarme hoy enamorada;
pues más mal hay que el que piensas,
porque de amor y de honor
estoy corriendo tormenta.

Hoy, pues, Lisardo á D. Félix
(que yo derás de la puerta,
que te he dicho, lo escuchaba)
de todo le daba cuenta,
si (no importa declararme
no se lo estorbaba Celis.
Doblada quedó la hoja,
y temo que por las senas
del rostro, que ya me vió
Lisardo, ó por la cautela
con que le hablé, ó por haber
seguidome hasta tan cerca
de casa, puedan en Félix
moverse algunas sospechas,
y así antes que el discurso

—¡Ah, he dejado pasar la ocasión!—exclamó interiormente.—Un día más, y moriré como un cobarde! Y de nuevo pensó acceder á los deseos de la joven, entregándola el niño antes de que volviese Lauretti.

Cogió una tarjeta y escribió dos ó tres líneas, leyéndolas después con atención, según costumbre; luego súbitamente se levantó, rompió la tarjeta y se fué al lado del niño. Una extraña idea habia surgido en su imaginación.

—Este niño le sirve á su padre de estorbo más que de otra cosa. Voy, pues, á proponer al Lauretti que me lo deje, yo lo adoptaré y lo haré mi heredero.

Pensando así, la visión de la muerte se alejaba.

Mateo no pudo dormir en la siguiente noche, su ensueño le parecía cada vez más fácil, y forjaba ya vagos proyectos para lo porvenir. Lo pasado quedaba en segunda línea, los profundos dolores que habian hecho nacer en su alma la siniestra idea del suicidio se empequeñecian y se velaban, y, por el contrario, muchas veces Mateo se maravillaba al ver cómo se habia decidido á matarse.

El tiempo continuaba hermoso, y éste inflaba mucho en sus nuevos pensamientos. De noche, cuando salía á la azotea con Ginito, el cielo diáfano, el caso luminoso de Venus, el glauco crepusculo en el cual la luna se mostraba brillantísima, el templado ambiente, lleno de misteriosas voces y de lejanos rumores, y el perfume de los blancos crisantemos de las macetas, los cuales se tenían de lunares reflejos, le producían

(Vase.)
¡Ah! me agita una eni
nien tiene se oblig
¡Oh! (Ap.)
asmos
hermos
eres
me
verle,
para criada.
Ya quedas
hecha dueña de mi casa,
Marcela; mira por ella.

LAUR.

VELA MARCELA LISARDO LISARDO SILVIA

AL VANESE

Esta es la casa, señor,
de aquella dama encubierta,
que ya descubierto veis.
¿Quién vio dicha que esta?

SILV.

¡Ah! me agita una eni
nien tiene se oblig
¡Oh! (Ap.)
asmos
hermos
eres
me
verle,
para criada.
Ya quedas
hecha dueña de mi casa,
Marcela; mira por ella.

LIS.

¡Ah! me agita una eni
nien tiene se oblig
¡Oh! (Ap.)
asmos
hermos
eres
me
verle,
para criada.
Ya quedas
hecha dueña de mi casa,
Marcela; mira por ella.

MAR.